

PQ 6431

.R8

A19

v.1

CARÁCTER DRAMÁTICO

DE

DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

Uso es discreto y urbano, en la culta sociedad introducido, presentar unas á otras las personas conforme llegan, anunciando el nombre y condicion de cada una, á fin de darle su puesto y consideracion respectivos, y de prevenir situaciones empeñadas.

Al haber de anunciar en la sociedad literaria que viene á componer esta «Coleccion de Autores clásicos», acordada por la Real Academia Española, al de las obras que contiene el presente tomo, apénas puede salirse de la fórmula usada en casos semejantes, á saber:

D. JUAN RUIZ DE ALARCON, Relator del Consejo de Indias y poeta dramático del siglo xvii.

El caudal de noticias que para su biografía tenemos, merced á las pesquisas de nuestro ilustrado

amigo y compañero Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra, se reduce: á que nació en Méjico (ignórase el año) y murió en Madrid á 4 de Agosto de 1639, calle de las Urosas: hizo gran parte de sus estudios en la Universidad de su país: el año 1600 se graduó en Salamanca de Bachiller en Cánones, y el 1602 en Leyes: allí continuó su carrera, siendo pasante por los años de 1605: al siguiente estaba en Sevilla, abogando con nombradía, y unido á Cervantes en los pasatiempos literarios de la juventud de entónces: le trajeron á la Corte pretensiones cuyo logro se dilató luengamente: y consumidos sus recursos, sin duda por esta dilacion, le forzó la necesidad á escribir comedias: las principales de las que, tan luégo como fueron escritas y conocidas, le defraudaron los impresores y libreros. Estos hechos desnudos y aislados es cuanto, por nuestra parte, conocemos hasta ahora de la vida de tan preclaro autor.

El alejarse en busca de pan; de su patria, adonde iban tantos en busca de oro; el ver desatendidas sus pretensiones en la Corte; el sentirse luego despojado de sus únicos y tan queridos bienes, concluyentes indicios son de una existencia azarosa y amargada, que se infiere sin dificultad, pero que no se descubre plenamente, porque la historia sólo ha dejado estrechas rendijas para verla.

Mas ha dejado una ventana abierta de par en par, desde donde podemos contemplar su figura.

Era doblemente corcobado, corcoba celebrada á la vez por los primeros ingenios de la Corte, en porcion de composiciones poéticas, que cual otras tantas mazas de carnaval, le colgaron.

Lo entero de nuestra simpatía hácia él nos retrajera de mencionar este agravio de la naturaleza, á no ser por la rara celebridad que adquirió y por lo que, á nuestro juicio, trascendió á la informacion de sus obras dramáticas. Al encontrar entre los tejedores de aquella especie de corona de espinas, puesta entre insultos y sarcasmos á su figura fisica y literaria, sujetos tan piadosos y respetables como Lope de Vega, Mira de Amescua, Perez de Montalvan, Salas Barbadillo y Velez de Guevara, era imposible desconocer, que acto de hostilidad colectiva tan manifiesta arrancaba de conspiracion particular y misteriosa. Concíbese que Tirso y Quevedo, desenvueltos y fáciles para el maldecir, se hubiesen holgado con aquel tema de inspiracion; pero Lope de Vega y Perez de Montalvan, de suyo benévolos y que habian hecho acabada justicia, el uno en su *Laurel de Apolo*, y el otro en su *Para todos*, á las calidades y merecimientos literarios de Alarcon, no era de presumir contradijesen, sin poderoso motivo, lo que tan solemnemente habian afirmado. Húbole en efecto, bastante; y esclarecido está, merced á las diligentes y atinadas pesquisas del Sr. D. Juan Eujenio Hartzenbusch: fué una burla (bien poco caritativa) ó vejámen, de los que se usaban á la sazón, en las academias y cer-



támenes de literatura. Habiendo faltado Alarcon á una cita donde le esperaban varios amigos, el desaire que su ausencia habia inferido á todos, fué la Musa comun que les inspiró aquella literaria venganza.

Afortunadamente para la sociedad á que le presentamos ahora, muy otra es su figura de la que tan amargas zumbas le atrajo de sus desapiadados amigos; pues si el *estilo es el hombre*, más lo es el drama, que agrega al estilo la idea, el plan, la experiencia, el corazon y el carácter del escritor. Y si nacen de la belleza las creaciones bellas, como nacen de la virtud los actos virtuosos, las obras dramáticas de Alarcon arguyen, que dentro de aquella desapostura corporal, plugó á Dios aposentar una alma, delicia y admiracion de la posteridad. Empero no aspiramos á ponderar su valor, sino á reseñar su figura en la república literaria. Decir el puesto que allí le corresponde, y títulos especiales que se lo granjean, es tan difícil como designar, en la gloriosa procesion de nuestros escritores, la huella de cada uno ó la piedra por cada cuál aportada al gigantesco edificio de nuestro teatro. Barajadas y confundidas hasta ahora varias producciones, entre sí contemporáneas, desconocidos ó disputados sus verdaderos autores, enriquecido alguno con las ajenas, defraudado otro en las propias, su legítima adjudicacion demandaria más recio y prolijo trabajo que el presente, ya proporcionado á mis fuerzas. El Sr. Hartzenbusch, último que con su aptitud, detenimiento y celo co-

nocidos ha hecho para el teatro de Alarcon la pesquisa y trabajo más concienzudo, le atribuye indisputadamente

Los favores del mundo.

La industria y la suerte.

Las paredes oyen.

El semejante á sí mismo.

La cueva de Salamanca.

Mudarse por mejorarse.

Todo es ventura.

El desdichado en fingir.

Los empeños de un engaño.

El dueño de las estrellas.

La amistad castigada.

La manganilla de Sevilla.

Ganar amigos.

La verdad sospechosa.

El Antecristo.

El Tejedor de Segovia.

Los pechos privilegiados.

La prueba de las promesas.

La crueldad por el honor.

El exámen de maridos.

La culpa busca la pena.

Quien mal anda en mal acaba.

No hay mal que por bien no venga.

Renunciando, pues, á reconocer la moneda que puso en circulacion, probemos á ensayar la ley de la

que lleva su busto, ensayo que no se extenderá á todas, ya que no han de incluirse en esta coleccion las que reputemos de ménos mérito, ó de litigiosa propiedad. Vamos á estudiarlas ligeramente procurando apreciarlas en sí, y con relacion á las de su tiempo; pues partícipe el drama de las formas líricas, merced á los personajes; y de la épica, merced á la accion que desenvuelve, funde é identifica el carácter del poeta que lo escribe, y el espíritu de la sociedad que lo aplaude. Y á la manera que para medir el valor moral de un hombre, hánse de comparar sus palabras á sus acciones, pues sólo de su congruencia resulta el verdadero, así para medir el de una obra dramática, háse de examinar y definir la vida que absorbe de la sociedad en que nace, y el organismo que le atribuye la inspiracion del autor. Porque, dado que admiremos igualmente producciones de distinta índole artística, de cierto no será lo mismo lo admirado en ellas, si son hijas de contrarios procedimientos. Pues si hay en la Ciencia unos que pretenden explicar la Creacion por la Criatura y otros la Criatura por la Creacion, hay en el Arte quien hace que lo ideal, figurándose en la imaginacion, descienda á la realidad y allí se incorpore; y quién hace que lo real, apurándose en la imaginacion, ascienda á la idealidad y allí se espiritualize. Aplausos encontraron al fin de estos dos caminos, Calderon y Moratin, por haber fundido el espíritu y la naturaleza, ora realizando lo ideal, con dar al pensa-

miento cuerpo proporcionado y entero, ora idealizando lo real, con dar al hecho alma viva y apropiada.

La sociedad expuesta en nuestro teatro, notoriamente viciada de obrepcion y subrepcion, como se dice en el foro, es en muchos de sus elementos fantástica y convencional. Era, sin duda, entónces tan preciado y sabroso ser español, que no es extraño creyesen nuestros autores lisonjear el gusto público, poblando nuestra escena, más que de hombres con sus flaquezas y pasiones naturales, de españoles, con las exorbitancias del fanatismo por su Dios, por su Rey y por su Dama.

Á la manera que en la sociedad cristiana hay una virtud, la caridad, fundamento y resúmen de todas las virtudes, en la sociedad española habia otra; el valor, símbolo, gérmen y compendio de todas las bondades y excelencias: y al modo que el cristiano trae al mundo un pecado original, el Caballero español traia esta virtud original; la heredaba de sus ascendientes; procedia de la sangre. En ella se fundaban los primeros móviles de las acciones: grandes, hidalgas y dignas habian de ser las del noble: malas, ruines ó miserables las del pechero. Siendo la estirpe una verdadera predestinacion, era la virtud dote puramente social, asunto de fama, ajeno de moralidad, sin raíz, ni asiento en la conciencia.

Regíanse los Caballeros por el Honor, ídolo social cuyo grito ahogaba las voces de la moral, del derecho y de la ley: Argos cuyos cien ojos acechaban los me-

nores movimientos; mónstruo, cuyos ciegos apetitos rara vez se satisfacian sin sangre.

Las mujeres, recluidas en el hogar y tapadas en la calle ansiaban quebrantar la cadena que asian cuidadosos y tirantes los padres ó los hermanos. Reducíanse sus deberes á la obediencia y á la guarda de la honestidad, ó más bien de su fama; tan quisquillosa y quebradiza, que la malparaba un coloquio á solas con un hombre, y atraía explicaciones armadas entre su padre ó hermano y el interlocutor favorecido.

Las madres no existian: faltaba con ellas el primer afecto, la primera obligacion; la piedra angular de la familia. De los verdaderos Dioses Lares que la fundan y protegen, el uno, que es el sentimiento, ausente la madre, no se veía nunca: el otro, que es el deber, acompañaba siempre austero y desabrido al padre. Apuntar siquiera de pasada cuánto y cómo debió de trascender aquella ausencia al pensar, sentir y obrar dramático de padres, hijos y hermanos, fuera labor árdua é inoportuna: sin embargo, tan abultadas son y tan trascendentales algunas de sus consecuencias y tan emparentadas con otros hechos, por nosotros apreciados, que no podemos omitirlas.

Echábanse de ménos, ante todo, el amor de esposa: y luégo el de madre y el de hijo; los santos de todos los amores; manantiales de todo lo tierno, grande, heróico, y cima la más encumbrada á que es

capaz de elevarse el sentimiento con las alas del corazon. Las violaciones de la paz doméstica, por diferencia de edades, condiciones, caractéres, ideas, gustos y educacion, ó por los vicios, flaquezas ó extravagancias de uno y otro cónyuge, que han dado asa en nuestra época á tan cómicas é interesantes piezas, tampoco se veian en el teatro. Considerándole mero sitio para divertirse de los cuidados y ocupaciones de la vida, y teniendo á la risa por el primero y más capital resorte de diversion, al tantear los suyos, nuestros autores dramáticos se detuvieron ante la santa figura de la Madre.

Pensaron acaso, y con razon, que no podia ser risible momento alguno de su existencia, y para que no la profanase la mirada de un público tan poco dispuesto á gozar sin reir, la cubrieron con el sudario de la muerte.

Aparece, por lo tanto, solo el amor profano; y no como planta espontánea y libre de los campos, sino como flor de estufa, cultivada únicamente para embellecer una corona nupcial. No es, las más veces, comunicacion de dos almas que viven una en otra, sino lazo de intriga, origen de perturbaciones y peligros, especie de maldicion como entre los griegos. Imposibilitado el comercio entre hombres y mujeres con la ausencia de las madres, convertidas las casas en fortalezas, cuyos alcaides y guarnicion eran los padres y los hermanos, habia que enamorarse de léjos, en las calles y tiendas, no en los salones; por los

ojos, no por los oídos. Privados del trato social, alimento de las almas y manjar único del amor honesto, el ansioso afán de verse que les acosaba y que tan rara y dificultosamente satisfacían, les forzaba á buscar ocasiones de lograrlo, por azarosas que fueran. Las preparaba, atraía y facilitaba entónces como ahora la mujer, andando con eso gran trecho del camino para su perdición. Y hasta la que veía una liviandad en dar la mano á su amante, no escrupulizaba mayormente el darle una cita nocturna, abriéndole las puertas de su aposento, lo cual equivalía para su estimación, á abrirle también las de su honestidad.

Era el amor para los hombres la posesión material; para las mujeres, achaque de emulación ó cálculo. Todo mozo noble, valeroso y de buen talle, era adecuado aspirante á la más gentil y principal doncella..... de su clase; pues aunque se proclamaba la igualdad ante la ley del amor, cada tentativa por aplicarla les valía á las damas alguna reclusión, y á los galanes algunas estocadas. De todo lo cual se deduce, que la pasión del amor se sustentaba, si se nos permite esta frase forense, por leyes de muy especiales procedimientos.

Los padres, que nos recuerdan involuntariamente la patria potestad romana, eran jefe único y absoluto de la familia; jefatura que los hijos compartían y en su caso, heredaban sobre las hermanas. El afecto y la confianza se traslucían en ellos rara vez: el mando y

la vigilancia siempre: la cordialidad y la ternura nunca.

Tales son los principales rasgos de la moral dramática que presentaba el teatro por los tiempos de Alarcon. Resta que apuntemos brevemente los modos de aplicarla, á la sazón usados; porque las composiciones dramáticas, como que tienen un fin externo y social tan inmediato, no dejan al escritor la libertad que las líricas, épicas y novelescas. Se la merma el gusto del público, que se convierte en coautor y asume gran parte de responsabilidad, toda vez que con su concurrencia y aplauso ó con su ausencia ó reprobación, marca el derrotero á los autores y les traza, por lo tanto, la vía de arrancarles su favorable fallo.

El espectáculo más digno del hombre, es el hombre mismo; pero varían y se gradúan las faces bajo que se presenta. No se le contempla entero desde luego; ni en sus más preciadas partes, ni en sus más escogidos momentos. La contemplación de las fuerzas y formas físicas precede á las de las formas y fuerzas morales. Según vamos entrando en el conocimiento y posesión de nosotros mismos, van cambiando los resortes de nuestro sentido estético, y han de cambiar necesariamente los cuadros que le afectan y encantan. La risa es el goce de las almas niñas; el llanto el de las almas adultas. Por eso lo ridículo llega al teatro, mucho ántes que lo sublime; los inofensivos tropiezos de la vida, ántes que las grandes

tempestades del corazón: en una palabra, á la simpatía del público y á la inspiración del artista, ocurre ántes el *Paso de las aceitunas*, que *García del Castañar*.

Para desenvolver en la escena aquella vida henchida por la Religión, la Monarquía, el Honor, la Amistad, el Amor, la Galantería y el Valor, ocupaban sin coto el tiempo y el espacio. Al Drama religioso ponían mano el Cielo, los Aires y la Tierra, el Purgatorio, el Paraiso y el Infierno; los Angeles y los Diablos; los Santos y los Réprobos; los Espíritus y los Hombres. «Las edades bíblicas, dice propiamente el Sr. Hartzenbusch, las fabulosas; las antiguas y la media; todas eran iguales para nuestros poetas cómicos: Judíos y Griegos, Cartagineses y Turcos, Babilonios é Indios occidentales, todos en el teatro eran españoles con ropilla y ferreruelo, valientes y discretos, enamorados y católicos..... Celosos creyentes, súbditos entusiastas, caballeros pundonorosos, eran en general todos los galanes de nuestras comedias antiguas, porque estas cuatro pasiones ó afectos eran los que animaban á la sociedad española: la dama era amante con preferencia á todo; sa-gaz, artificiosa y resuelta muchas veces, dulce y tierna otras, discreta siempre. Viejos alentados, hermanos tutores, criadas locuaces y un gracioso, agudísimo por lo comun é impertinentes con frecuencia, completaban los personajes que de ordinario aparecían en una fábula escénica, tejido maravilloso

de lances de amor, lleno de astucias y tropelías, de disfraces, escondites y cuchilladas; cuajado todo de madrigales y epigramas, odas y rasgos épicos.»

Desconocida la Crítica, aunque estudiados y sabidos los preceptos literarios antiguos, la libertad que usaron nuestros poetas en la elección de materia extendieron al modo de figurarla, no mirando á una ni á otra, para establecer los géneros y clasificar las piezas teatrales. Comedia llamaron, indistintamente, á la oposición entre el intento de una persona y los medios, que para lograrlo le suministran sus caprichos ó flaquezas; al choque de intereses ó pasiones, que llegan á transigir y concertarse en esta vida; á la lucha entre ideas ó sentimientos, que no pueden conciliarse más que en la otra. El cuadro de la debilidad, del vicio y del crimen recibieron el mismo nombre.

De suerte que, los escritores españoles, cuya doctrina y erudición eran las clásicas de Aristóteles y Horacio, hubieron de sacrificar sus reglas al gusto ó, según decimos ahora, á la opinión pública, que no pedía su observancia, ó al menos se pasaba perfectamente sin ella. Tal sucedió, en orden al fondo del drama, con la simultánea exhibición de lo cómico y de lo serio, llevados á veces hasta la risa y el llanto; y en orden á la forma, con las célebres unidades de tiempo y de lugar.

Graves acusaciones han hecho con este motivo los clásicos á nuestro teatro, pretendiendo extender

y apretar por increíble extremo el yugo de la unidad, no sólo al tiempo y al lugar de la acción, sino á los útiles y materia para encarnarla. Que su vida y movimientos parciales se comidieran y acompasaran al total; que los miembros se proporcionaran al todo y entre sí, condiciones eran naturales al arte y á la belleza: pero pretendian además que se uniformáran con ella: que las prendas de su arreo, si se permite esta imágen, fuesen todas de un mismo color; en una palabra, que la comedia contuviese elementos sólo cómicos y la tragedia sólo trágicos: como si esa pureza de cada uno y esa separacion entre ámbos existiese en la realidad, como si á cada momento de nuestra vida pudiésemos aplicarle el refran: dime con quién andas, te diré quién eres. Absurdo habria sido para este sistema revestir la fábula tristísima y amarga en el fondo del Ingenioso Hidalgo, con las chistosas y festivas formas, que le dió su incomparable autor.

Nunca pidió nuestro público ese divorcio; nunca vió nuestra antigua escena apartamiento semejante. Por el contrario: alternaba lo risueño con lo grave, y frecuentemente medraba ó reía uno, miéntras y con lo mismo que perdía y se desesperaba otro: frecuentemente convenian en un diálogo las más puras aspiraciones del espíritu y los más groseros apetitos del cuerpo. Y tal yuxta-posicion de ideas y sentimientos contrarios se extendia á personas, clases y situaciones. Igualábanse con frecuencia el noble y el plebeyo; pues igualarse es hacer el amo al criado

confidente de sus secretos y ocuparle en oficios propios únicamente de los íntimos amigos: más es; á veces reñian comunes batallas, comunidad que hubiera puesto grave escándalo é indignacion en el ánimo de D. Quijote de la Mancha. Estas naturales oposiciones que para el drama en general nacen de la esencia y realidad misma de la acción, en cuanto la acción es la vida, nacian para el nuestro de otras dos peculiares causas: la gravedad española, que habia de aparecer siempre; y la diversion, que no habia de degenerar nunca.

Crecia la gravedad, á medida que se depuraba el gusto, y se elevaba el sentido moral de las creaciones dramáticas: pero como el pueblo seguia viendo en el teatro un espectáculo semejante á los torneos, cañas y toros, si bien de más apacible regocijo, hubo de conservarse el especialmente diputado para promoverle, el gracioso, verdadero representante de estos intereses populares.

Las unidades de tiempo y lugar fueron siempre violadas, sin enojo del espectador, que ni entónces ni ahora las ha estimado negocio suyo, sino de la acción que se representa: la cual las lleva en sí, como la imaginacion que la crea y desenvuelve lleva tambien en sí su espacio y tiempo especiales, reducidos para el placer y dilatados para el dolor.

Lo más reparable es que faltaba á veces unidad en el plan y estructura de las creaciones dramáticas; pues dejándose arrebatarse nuestros autores de la lu-